

EN LA I JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

# VER, REACCIONAR, COMPARTIR

**Francesc Conesa**  
Bisbe de Menorca (\*)



Después de la celebración del Año de la Misericordia, el Papa Francisco instituyó la realización cada año de una Jornada mundial de los pobres destinada a recordar a todos los bautizados el papel central que deben tener los pobres tanto en la Iglesia como en la sociedad. Este año la celebramos mañana por primera vez. Subrayo tres verbos del Mensaje que ha escrito el Papa y que tiene como título unas palabras de la Escritura: «No amemos de palabra sino con obras» (1 Jn 3, 18).

El primer verbo es «ver», porque lo que más necesitamos son unos ojos que nos permitan ver la situación en que se encuentran los otros. Nuestros ojos se dirigen con demasiada frecuencia solo a nosotros mismos, lo que impide que contemplemos con mirada limpia a los más pobres. Algo así le pasó al rico Epulón de la parábola: que preocupándose sólo de vivir en el lujo ni siquiera advertía que a la misma puerta de su casa estaba un mendigo que reclamaba su compasión (cf. Lc 16, 19-31). La cultura del bienestar nos lleva a pensar sólo en nosotros mismos y nos hace insensibles al dolor de los demás. Por eso, lo primero es abrir los ojos y mantener la mirada fija en los que reclaman nuestra ayuda. Reconocer sin miedos el rostro de mujeres, hombres y niños que son explotados y pisoteados en su dignidad. Son rostros marcados

por el sufrimiento, la marginación, la violencia, el analfabetismo y, muchas veces, la migración forzosa.

Pero no basta «ver». Hay que conjugar el segundo verbo, que es «reaccionar», comprometiéndonos a hacer todo lo posible por sacarlos de la situación de exclusión en que



**El primer verbo es «ver», porque lo que más necesitamos son unos ojos que nos permitan ver la situación en que se encuentran los otros**



**El último verbo es «compartir» y se refiere no solo a unos recursos económicos o un tiempo, sino a la propia vida**

se encuentran. No podemos quedarnos con los brazos cruzados, sin hacer nada, sino que debemos trabajar a favor de la justicia social. Y, sobre todo, hemos de esforzarnos por presentar un modelo de vida alternativo. Frente a la codicia sin límite de unos pocos, que acumulan riquezas, favorecer el crecimiento de sociedades solidarias. Frente a una cultura del descarte, apostar por una cultura del encuentro. Para superar tanta indiferencia es necesario presentar una nueva manera de vivir la vida humana.

El último verbo es «compartir» y se refiere no solo a unos recursos económicos o un tiempo, sino a la propia vida. En este punto el Mensaje del Papa es muy claro: «No pensemos –dice– sólo en los pobres como los destinatarios de una buena obra de voluntariado para hacer una vez

a la semana, y menos aún de gestos improvisados de buena voluntad para tranquilizar la conciencia». Se trata de tender nuestra mano a los pobres, mirarlos a los ojos y abrazarlos, para hacerles sentir el calor del amor. Las acciones solidarias puntuales nos ayudan a darnos cuenta de las necesidades, pero deben dar paso a un nuevo estilo de vida, en el que los pobres sean reconocidos en su dignidad y tratados como hermanos.

La comunidad cristiana, desde los mismos comien-

zos, sintió la necesidad de servir a los pobres, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, aunque en ocasiones los cristianos se han contaminado con la mentalidad de nuestra sociedad y se han despreocupado de los pobres. Esta Jornada reclama nuestra atención y nos anima a confiar en el poder transformador de la caridad. ¡Benditas sean las manos que se abren para acoger a los pobres!